

La calle para el martes 8 de julio de 2008
Diario de un espectador
Benítez y Leñero
por miguel ángel granados chapa

Hoy, ocho de julio, aniversario número treinta y dos del golpe al diario Excélsior, viene muy a propósito esta nota de Vicente Leñero, autor de la gran novela-crónica sobre ese acontecimiento, Los periodistas. En su columna mensual (Lo que sea de cada quien) en Revista de la Universidad de México, titulada “Una dedicatoria de Fernando Benítez”, Leñero cuenta por qué no quería a ese personaje, según quiso saber Julio Scherer:

“En 1964, luego de que premiaron en Barcelona mi segunda novela, Elena Poniatowska me buscó para hacer una entrevista: una exhaustiva entrevista de las suyas, que aparecía en el suplemento La cultura en México y que significaban, en la mentalidad de los jóvenes de entonces, poco menos que la consagración. Primero me invadió el asombro, luego la vanidad. Ahora sí iba a salir de las sombras. Ahora sí iba a empezar a existir como escritor para esa mafia comandada por Benítez. ¡Ahora sí, cabrones!

La entrevista de Elena fue generosa y larguísima, con fotógrafo y todo; una tarde entera en mi casa y una mañana en el restaurante del Centro médico del IMSS donde se hallaba internada la madre de la periodista. Terminé exhausto pero feliz.

Sin embargo, pasaron una semana, dos semanas, tres semanas, cuatro semanas, cinco semanas y la entrevista no aparecía en La cultura en México que yo hojeaba, número tras número, con avidez. No me atrevía a telefonar a Elena (pero) una tarde, por casualidad, me topé con ella en el aeropuerto.

--¿Qué pasó?

--Benítez no quiso publicarla, lo siento. No le pareció interesante.

--¿Por qué?

Elena hizo una mueca de fuchi.

--No te preocupes, la voy a publicar en El día.

Efectivamente, aunque resumidísima y en un rincón de ese periódico horrible que dirigía Ramírez y Ramírez, apareció un extracto de mi charla con la Poniatowska. ¡Puf!

A partir de entonces reaccioné hacia Benítez con un resentimiento de adolescente. No desaprovechaba ocasión alguna para lanzar pestes contra el capo de la pandilla de intelectuales que operaba con las mañas del PRI, exageraba yo. Me burlé de él cuando emitió su célebre frase: ‘!Echeverría o el fascismo!. Atribuí su desden al teatro por el brutal fracaso de su única obra, Cristóbal Colón, estrenada en Bellas Artes en 1951. Y cuando escribí un libro sobre el golpe a Excélsior hice una caricatura de Benítez, donde lo deformaba como un servil al Presidente.

Carlos Monsiváis reprobó mi alusión:

--Fuiste muy injusto con Fernando, dijo. Y el propio Benítez me acusó luego de ‘servilismo vesicular’ hacia Julio Scherer.

Ahí quedó esa dispareja disputa –él fue siempre más importante y más poderoso— hasta que en junio de 1989 llegó a mi casa un sobre de papel Manila. Contenía el más reciente libro de Fernando Benítez, *La nao de China*, publicado por Cal y arena. En la primera hoja falsa brillaba una dedicatoria en tinta azul y letra pequeñísima dirigida a mi nombre y en la que se maleía esta frase: amigo querido, deshaz ya cualquier equívoco.

Me emocionó el gesto conciliador. Me generó un sentimiento culpígeno por aquel desplante del que yo no sería capaz. De inmediato conseguí su número telefónico y lo llamé. Fue afectuosísimo.

--Te debo un abrazo –dijo Benítez antes de colgar.

Nunca me lo dio”.

En *Los periodistas*, Leñero narra el momento en que el grupo director de *Excélsior*, ya expulsado, es recibido por Echeverría a instancias de Benítez, que no creía en que el Presidente era el autor del golpe. Por eso, Leñero dice que al llegar a Los Pinos, “Fernando Benítez ganseaba al frente, como guía”. Y cuando los periodistas cuestionaban a Echeverría, “interrumpió Fernando Benítez, grandilocuente, para hacer a un lado los viejos reproches y contrarrepuestos, y solicitar del gran presidente mexicano comprensión y justicia para el grupo de Julio Scherer”.